

Mariano Peyrou

(Buenos Aires 1971) poeta, músico y narrador argentino radicado en Madrid desde 1976. Licenciado en Antropología Social. Ha vivido en La residencia de los estudiantes con una beca para creación literaria. Su obra aparece en diversas antologías de poesía reciente. Es autor de *La voluntad de equilibrio* (2000) *A veces transparente* (2004), *De las cosas que caen* (2004) *La unidad del dos* (2004), *La sal* (2005), *Estudio de lo visible* (2007), *Temperatura voz* (2010), *Niños enamorados* (2015) la novela *De los otros* (2016) y *El año del cangrejo* (2017), del cual se extrae el siguiente fragmento.

El año del cangrejo (fragmento)

I.

El año del cangrejo nos acostumbramos a caminar de lado para no despertar a nadie.

Las chicas tenían los labios casi del mismo color que la piel pero a mí no me interesaba besarlas; lo único que quería era que me dejaran soñar.

Los chicos quisieron hacerse amigos míos y yo los observaba desde lejos.

A veces corría al puesto de los socorristas para pedirles un papel y un lápiz, cuando se me ocurría una idea.

Todas las noches me alejaba unos pasos de la casa para sentir la respiración de los árboles y tratar de respirar con ellos.

Y había una mujer que podía ser mi madre o mi hija. Se llamaba Inés. Era alta y vegetal y dueña de muchísimos espacios.

Pescábamos por la mañana y dedicábamos las tardes a los árboles frutales, a la recolección de laurel, a los placeres de la melancolía y al dibujo. Por la noche, entre los murciélagos y las montañas, dábamos largos paseos por los senderos opacos, conversando con los perros e inventando nombres para las flores silvestres.

Las pinzas aparecían entre la arena en los destellos de la imaginación y teníamos miedo y buen humor. En el resto del país, los esclavos de la realidad hablaban de economía. Los niños se habían vuelto malos.

Teníamos la boca llena de miedo y la vista en algún punto fijo del horizonte, en las velas o en la curvatura final, el límite del miedo.

La noche de luna llena bailábamos junto al mar, de la mano, una ceremonia para no perder nunca la complicidad, unas palabras mágicas pronunciadas en el dialecto local.

Y saqué una foto de la luna para mandársela a Inés, pero ella antes me mandó una de la luna donde estaba ella. Ahora todos teníamos dos lunas menos yo, que siempre había tenido una luna y ahora tenía tres.
E Inés flotaba por encima del verano.

La casa empezó a llenarse de arena y estábamos muy contentos con nuestras escobas.

La casa empezó a llenarse de limones que los niños traían del huerto. Una montaña de limones como símbolos de lo que no se sabe.

La casa empezó a llenarse de preguntas y de viajes al aeropuerto. Teníamos un cangrejo en la boca y había que cuidarlo, masticar despacio para que no se despertara.

El teléfono merodeaba cerca de la costa, luchaba con las algas
gigantes o huía de ellas.

Las pelotas se quedaban botando en el patio, tal vez
durante horas, para que soñáramos con ellas a la hora
de la siesta.

Ella estaba acostada en su cuarto.

Las hamacas del jardín nos pedían que nos acostáramos en ellas
pero nos daban frío.

Nos vengábamos peinando a las arañas: el cuerpo por un lado, las
largas patas hacia el otro, y ellas se alejaban cojeando
sobre la hierba y planeando su venganza.

Las estrellas nos ayudaban a explicarles a los niños que
los fantasmas no existen y los fantasmas nos estimulaban
con su energía para no volver.

De la noche escolar surgió un individuo maltrecho y
demasiado simpático que no obtuvo nuestra
admiración.

Los tomates cambiaban de sabor y de significado a lo largo del
día.

La lentitud de Inés era lo que más me gustaba de ella, y su manera de prometer cosas con las pupilas mientras las negaba con los párpados.

Había una navaja debajo del agua y la sangre dejó un rastro desde la orilla hasta la casa, una serie de puntos interminables que se veía desde las nubes. No hay que olvidar que el telegráfico nadaba entre tiburones.

Tuvimos que volvernos malos con los niños.

Cuando encontramos los toboganes gigantes, entre deslizamientos simbólicos y salvajes, descubrimos una estrategia para hacernos amigos de nuestros enemigos. Era una manera de estar en dos sitios a la vez. Un intento por adecuar lo interior y lo exterior.

Hicimos una excursión para inventar el queso pero no salió muy bien. Al cangrejo no le gustaba ni el queso ni las excursiones. Ella no podía salir de su cuarto.

Y algunas veces Inés se entusiasmaba; otras se deprimía y entonces soñaba con universos inmutables, con el pasado, con el silencio de sus amantes. Yo ya no quería fingir más, y eso le molestaba. Se despertaba asustada pero no estaba a punto de morir. Hacía bromas. Eso me gustaba mucho.

El teléfono tenía calor.

Yo tenía frío.

Ella tenía náuseas y una colonia de cangrejos en la imaginación.

Inés tenía dudas y una sed sin objeto.

Los niños tenían sueño y energía.

Las hojas de laurel tenían unas ingenuas esperanzas de
reconciliación.

Las camas estaban llenas de cuentos y mitos y secretos.

El azar tenía dudas y un cubilete lleno de secretos.

La sed tenía hambre y el hambre tenía náuseas y miedo.

Yo también tenía sueño y energía.

Todos los días cambiábamos de teatro de operaciones para eludir
la rutina, pero necesitábamos la rutina más que nunca.

La casa empezó a llenarse de bulbos y de flores.

Yo me acordaba de cuando los niños éramos nosotros y ella leía a
la hora de la siesta y yo también trataba de leer, solo en
mi cuarto. Así aprendí lo que eran el tiempo y el peso de
las esperas.

Ahora ella no podía leer y por lo tanto no era nada.

En mi primer recuerdo nadábamos en una piscina y había
bulbos e higos y otras frutas simbólicas.

El teléfono avanzaba por un túnel. Yo lo esperaba al final y le
miraba la cara durante todo el trayecto.

Entonces parecía que nunca nos haría falta nada más.

Cuando llegaba al final del túnel, me picaba
deliberadamente y volvía a empezar. Al final siempre nos
hacíamos amigos. Luego me daba de comer arena y hojas
secas y trozos de ramas y caracolas.

Y quería contárselo todo a Inés pero Inés sólo me dejaba contarle
algunas cosas.

Ella estaba contenta porque los niños le traían flores y limones y
se subían a su cama como si estuviera viva.

Yo estaba contento porque Inés me dejaba soñar durante todo el
día, aunque por la noche me despertaba con un cangrejo en
la garganta.

Las chicas estaban contentas porque las miraba y no decía nada.

Los socorristas estaban contentos porque los niños los ayudaban a
izar las banderas cada día.

Cuando se apagaban las luces, incluida la de mi luna
secreta, me iba metiendo en un mundo que sólo
intuitivamente podía concebir y valorar y cuya estética me
hacía dejar la ventana abierta.

Cuando sólo se apagaba la luz de mi luna secreta, iba corriendo
a buscar a los niños y los llevaba a cazar saltamontes.

Cazábamos saltamontes en secreto y los contábamos,
verdes y marrones. Después los dejábamos en libertad.

El sonido del mar nos acompañaba toda la noche.

La forma del cangrejo nos acompañaba desde las playas hasta
los pinares.

La idea de la desaparición nos acompañaba desde las piedras
hasta los dibujos.

Ella me había acompañado toda la vida.

Inés estaba sola.

Los dibujos nos despertaban y nos traían regalos.

Cada día aprendíamos algunas palabras en el dialecto local.

Practicábamos la técnica mixta para eludir la rutina
y para justificar los constantes fracasos.

Los colores se encendían a la hora de la siesta. Había mucha luz.

Los colores abrían túneles en el jardín. Eran túneles que podían
llevar a cualquier parte. Eso al telegrafono le gustaba
mucho.

La casa se llenó de colores alegres que nos transmitían
una tristeza inconcebible.

Las primeras palabras que aprendimos en el dialecto local fueron día,
noche, luna, mar, aeropuerto, arbitrariedad y cangrejo.

Teníamos ganas de viajar pero nos daba una tristeza inconcebible
que se perdieran para siempre tantos recuerdos y todas las
palabras que habíamos aprendido.

A veces parecía que podríamos satisfacer los deseos
contradictorios.

El telegrafono estaba encerrado en una cárcel de miedo.

Esperábamos alguna noticia, cualquiera, y todo el tiempo llegaban
noticias.

Nos metíamos en el mar y esperábamos alguna ola.

Nos metíamos en el mar y esperábamos mojarnos.

El telegráfico no estaba satisfecho con la musicalidad de sus dibujos.

Estábamos encerrados en una cárcel de miedo y no sabíamos rezar.

Algunas tardes escribíamos alfabetos con un palo en la arena de la playa. Yo les sacaba fotos pero nunca se las mandaba a Inés.

Jugábamos al anagrama rumano e Inés siempre quería ganar. Yo, en cierto modo, prefería perder, para que ella ganara y ampliara sus espacios.

Estudiábamos dibujo y los progresos eran tristes, nos obligaban a valorar el esfuerzo por encima del talento. Había que renunciar a la fantasía de poder hacer algo sin necesidad de aprenderlo.

Esos valores, la paciencia, la perseverancia, se fueron instalando en una esquina del verano.

El telegráfico contrarrestaba los efectos secundarios de la paciencia y la perseverancia con su libertad.

Los niños también contrarrestaban sus efectos secundarios; nadie quería encerrarlos en una cárcel de paciencia.

Yo necesitaba un amor incondicional. No podía aceptar

un amor adulto, sujeto a los vaivenes de la economía.

Parecía un rasgo romántico pero era todo lo contrario. Hay algo muerto en el amor de una madre, lo inmóvil.

Inés era un invento del verano.

La economía quería hacerse amiga del miedo.

Yo quería hacerme amigo del cangrejo.

El teléfono quería hacerse amigo de las algas.

Los niños querían hacerse amigos de los saltamontes y el azar.

Ella quería hacerse amiga de la rutina.

La tristeza quería hacerse amiga del aburrimiento pero no podía.

Nos deslizábamos sobre la superficie de las cosas y yo quería
atravesarla pero no podía.

El dialecto local quería hacerse amigo del azar y la
arbitrariedad.

Inés quería hacerse amiga del aeropuerto. Todos los aviones
piensan en ti.

Cuando el teléfono no me quería, me sumergía en el
mar y dejaba que las olas me arrastraran con la boca
abierta.

Cuando los niños no me querían, los torturaba para siempre
mostrándoles las imperfecciones de mi sistema
nervioso.

Cuando Inés no me quería, hacía bromas y fingía que era
incapaz de fingir.

Cuando ella no me quería, yo tampoco podía quererme y
me deterioraba como una piedra envuelta en un papel
envuelto en una playa envuelta en lluvia.

Golpeábamos la superficie de las cosas con piedras, con papeles,
con pinzas, con rápidos aleteos impotentes sobre los
acantilados, con colores, con la maña del deseo, con
enigmas y absoluto para no volver.

Estudiábamos dibujo y aprendimos a convivir con el error;
nos equivocábamos varias veces al día.

No queríamos dibujar mejor, sólo conquistar la libertad y
aprender lo que es el tiempo.

Hacíamos escobas con las ramas de los pinos. Había que barrer
toda la playa.

A veces el teléfono desaparecía un par de días y yo me instalaba
en todas las hamacas o me metía en la cocina y dibujaba
flores muertas.

La bipolaridad de mis actividades no me parecía mal. No veía en
ella nada falso.

Pensaba en mi propio cangrejo y en todo lo que lo alimentaba.

Pensaba que Inés era una ola del mar y me preguntaba si todas las
olas son la misma ola.

Inés era un mar y no lo sabía.

Debajo de cada mar hay otro mar.

Los niños estaban contentos y se convertían en niños varias
veces al día.

El color rojo de los dibujos me hacía pensar en el pasado y en
las desapariciones.

El color azul de los dibujos me hacía pensar en Inés y en atravesar
la superficie de las cosas, hacer estallar la realidad y
encontrar algo cuyo nombre todavía no había sido
inventado.

El teléfono rechazaba cualquier idea de desaparición y
arrastraba jirones de pasado. Eso me conmovía mucho.

Los demás, en cambio, íbamos modificando el pasado
imperceptiblemente cada día.

A veces el pasado sufría mutaciones enormes y se volvía nuevo
durante un rato.

Yo quería un pasado nuevo y lo buscaba golpeando en la
superficie de las cosas.

Según cuenta la Biblia, hubo un cangrejo que quería

construir un fonógrafo capaz de reproducir todos los
sonidos del mundo. Entonces una tortuga ideó un disco
con unos sonidos que hicieron vibrar el fonógrafo de tal
modo que estalló. El cangrejo fabricó un fonógrafo mejor.
La tortuga le regaló otro disco. Así pasaron varios años. Al
final el fonógrafo era tan complejo que no cabía en la
playa; examinaba cada disco y se reensamblaba de modo
que las vibraciones que emitía no le causaban ningún
daño.

Yo no sabía si pertenecía al linaje del cangrejo o al de la tortuga.

Pensé que los discos representaban la realidad y el
fonógrafo los esquemas interpretativos.

Pensé que los discos representaban los amores y el
fonógrafo la capacidad de amar.

Las tardes eran largas y agotadoras. Nunca terminábamos de
aprender.

Los niños dejaban de existir y las tardes se llenaban de huecos.

El teléfono estaba solo y viajaba por los mares del mundo.

Inés estaba quieta o moviéndose al otro lado de las cosas.

Pensé que los niños podrían proporcionarme un pasado nuevo
pero era al contrario: el pasado se volvía cada vez más
rígido junto a ellos, desaparecía toda contingencia.

Pensé que esa rigidez fomentaba la interpretación, que la escalada
de fonógrafos y discos desviaba la atención hacia la
técnica y la apartaba del sonido, que nunca dejaría que
eso sucediera con nuestros dibujos y alfabetos.

Los niños, en cambio, volvían a la existencia con distintas
identidades cada vez. No era fácil mantenerse al día bajo
una lluvia de cangrejos.

Ahora Inés era mi hija y yo me imaginaba jugando con ella a
la seducción. O podría hacerse novia del telegrafono y
entonces todos seríamos más libres.

Ahora Inés era mi madre y yo tenía que domesticar al cangrejo
que caminaba por encima de su cuerpo para que no le
hiciera daño.

El pasado y el futuro eran cada vez más rígidos.

Según cuenta la Biblia, hay artistas que se instalan un par
de años en alguna ciudad idealizada para dedicarse a crear.
Qué diferentes de nosotros, que podíamos dibujar unos

minutos y ya teníamos que ir a buscar limones o cuidar las hamacas.

Aprendimos a dibujar óvalos para poder representar el hogar idealizado.

La casa empezó a llenarse de óvalos y estábamos muy tranquilos conteniendo al cangrejo.

Inés prefería caminar con sus pies por el mundo, volar sobre mis mares con las alas que yo le había imaginado.

En el momento en que supe lo que estaba buscando, supe también que nunca lo encontraría.

El enamoramiento de un objeto idealizado, la idealización de un objeto del que enamorarse, era mi principal talento y era precisamente el que tenía que disimular.

Yo ya no quería disimular y miraba las alas de Inés sin decir nada.

El año del cangrejo aprendí lo que significa aprender, la rigidez y la pérdida de todo aprendizaje. **¶**